

vaba consigo un séquito bastante numeroso é iba acompañado de los dos personajes principales de su corte, Cavour y De Azeglio: Cavour, que en un principio había vacilado en emprender el viaje, temeroso de que si éste fracasaba su crédito mermaría, después mudó de parecer; y en cuanto á De Azeglio, su presencia había sido considerada indispensable porque su reputación de integridad hacía de él, por decirlo así, la persona respetable del Piamonte, y es en extremo hábil poner bajo el patrocinio de personas honradas obras que no lo son del todo. Importaba principalmente que el séquito fuese escogido, que todos los conspiradores ó emigrados se quedaran en las fronteras, que la casa de Saboya tendiera el manto de su antigua majestad sobre sus nuevas ambiciones; y convencido de esto, Cavour no se había desdeñado de disponerlo todo por sí mismo, fijando los detalles de la etiqueta y hasta los trajes. El 22 de noviembre de 1855 los viajeros desembarcaron en Marsella, y el 25 estaban en París.

Allí fueron recibidos con la pompa ordinaria y durante su estancia se celebraron fiestas suntuosas. Dícese que el rey divirtió mucho á la corte y hasta la escandalizó un poco. Cavour, siempre infatigable, en el intervalo que dejaban las ceremonias de gala, hizo innumerables visitas que fueron otras tantas ocasiones para abogar por la causa de la Cerdeña, buscando no sólo á los personajes del mundo oficial, sino también á todos aquellos que por su rango y por sus relaciones creaban ó dirigían la opinión pública. Por desgracia, en casi todos encontró disposiciones conciliadoras y retrógradas que le afligieron en extremo: unos, como Thiers, típicamente aspiraban á la paz; otros, como el Sr. Cousin, se habían hecho «legitimistas y no pensaban más que en la fusión;» esto no obstante, no se desanimó, y frecuentando los círculos más diferentes, vió á Montalembert y al mismo nuncio. ¿Qué tenía esto de extraño? ¿Acaso los príncipes de Saboya no eran por tradición los hijos más devotos del papa? Al mismo tiempo Víctor Manuel enviaba al Arzobispo de París el gran cordón de los Santos Mauricio y Lázaro.

Desde París fuéronse el rey y sus consejeros á Londres, y en aquel país clásico de la etiqueta, Víctor Manuel procuró mostrarse correcto y leyó «admirablemente» un discurso que De Azeglio le había preparado. «Tiene todo el aire de un gentleman,» escribía Cavour, tan sorprendido como encantado (1); pero ¿causó el monarca esta misma impresión en la corte británica? Cabe dudarle, á juzgar por el retrato que de él trazó en aquella ocasión un contemporáneo: «El rey de Cerdeña, escribía sir Greville, atrae todas las miradas; es de figura poco simpática, alto, robusto, grueso, atlético, brusco en sus modales y ademanes, poco refinado en sus conversaciones, muy disoluto en su conducta y en extremo excéntrico en su modo de vestir... En Windsor ha producido el efecto más bien de un caudillo de los hérulos y de los lombardos que de un príncipe italiano moderno (2).» Mas como los ingleses no miran con malos ojos lo que tiene algo de extraño, el regio visitante no les disgustó, y aun alcanzó, gracias á sus contendas con el papa, una popularidad que no sospechaba.

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 371.

(2) *The Greville Memoirs*, tomo VII, pág. 308.

En efecto, los delegados de las sociedades bíblicas solicitaron el honor de ofrecerle sus respetos y le leyeron mensajes llenos de alabanzas por haber emprendido la lucha contra el papismo, por haberse atrevido á combatir las corrupciones de la moderna Babilonia y por haber trabajado en pro de la depuración de la moral y de la fe.

Víctor Manuel escuchó con impasible gravedad aquel inesperado elogio de sus costumbres, contestó con cierto gracejo que no lo merecía, maravillóse de que el ser excomulgado fuera cosa tan meritoria y aun abogó suavemente en favor de Roma, muy corrompida ciertamente, pero no tanto como se creía en Exeter-Hall y entre el bajo clero. En tanto que ocurrían estas burlescas escenas, Cavour, sin perder ni un momento de vista su objetivo, se dedicaba á reclutar amigos para Cerdeña.

Las disposiciones de los hombres de Estado ingleses eran menos pacíficas que en París; mas en lo tocante al engrandecimiento del Piamonte, el lenguaje por ellos empleado no era más favorable.

Todas las súplicas de Cavour amenazaban, pues, resultar estériles y lo hubieran sido realmente si al pasar á su vuelta nuevamente por París, el emperador, al final de un banquete celebrado en las Tullerías el día 7 de diciembre, no hubiese dejado escapar de sus labios una preciosa frase: «Escribid confidencialmente á Walewski, dijo á Cavour, lo que creáis que pueda yo hacer por el Piamonte y por la Italia (3):» era esto muy poco, pero procedía de tan alto que por sí solo valdría quizás el viaje. Aquella misma noche Cavour pidió al caballero De Azeglio que preparase una memoria que fuese la exposición completa del estado de Italia; pero habiéndole parecido el documento por aquél redactado difuso, poco terminante y demasiado teórico y científico para ser leído hasta el final, lo substituyó por un breve despacho en el que resumió en pocas páginas lo que se complacía en llamar *el mínimo de las exigencias italianas*. No se atrevía á pedir que Austria renunciara á sus posesiones territoriales, pero á lo menos expresaba el deseo de que el reino lombardo-veneto se viese libre del régimen militar y se suavizaran las medidas de rigor. Ponía en duda que los napolitanos pudieran disfrutar de paz y libertad bajo los Borbones, y recomendaba á esas desdichadas poblaciones á la benevolencia de Europa. Mas su principal solicitud era en pro de las legaciones, acerca de las cuales hacía ver la conveniencia de substraerlas á la vez al régimen del sable, personificado por los austriacos, y al de la sotana, representado por los cardenales. ¿No sería posible transferir esas provincias al duque de Módena ó al gran duque de Toscana, príncipes que nada tenían de revolucionarios y que serían para el papa vecinos respetuosos? Tanta munificencia con soberanos poco ha tratados duramente, era para sorprender á cualquiera; pero el secreto de aquella benevolencia no tardó en revelarse: los duques de Módena ó de Toscana, al extenderse hacia el Adriático, dejarían al Oeste, en la vertiente occidental de los Apeninos, territorios que convenían en extremo á Cerdeña.

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 376.

«Esta sería la ocasión, añadía Cavour con gran ingenuidad, de una transformación en la cual encontraría el Piamonte una justa compensación de sus sacrificios (1).»

VIII

Esta transformación territorial sería preciso pedirla á la diplomacia, no á la guerra, pues en el mismo momento en que escribía su despacho, enterábase Cavour de que se había restablecido el acuerdo entre las potencias occidentales y Rusia. Al recibir esta noticia, el ministro sardo sintió violento despecho, como el jugador á quien se le quitaran de la mano las cartas en el instante de la partida decisiva. Y aumentaba su disgusto la circunstancia de que la paz se concertara en parte bajo los auspicios de Austria, cuyo crédito, por consiguiente, en vez de quebrantarse se robustecería. Otra inquietud le agitaba además: iba á reunirse en París un congreso para ajustar el tratado definitivo; ahora bien, ¿qué puesto ocuparían en aquel congreso los plenipotenciarios sardos? El criterio del Sr. Walewski, ministro de Negocios extranjeros, no dejaba duda alguna respecto de este particular: los agentes del Piamonte serían recibidos con cortesía y tratados con deferencia, pero no intervendrían en más deliberaciones que en las que á su país interesarán. De tal modo limitada, la misión de representar á Cerdeña era más modesta que gloriosa; así lo entendió De Azeglio, que, habiendo sido elegido para ella, se apresuró á excusarse de aceptar el nombramiento. En tan apurada situación, Cavour se designó á sí mismo y se dispuso á emprender de nuevo el viaje, aunque no sin cierta tristeza: «Es probable, escribía al Sr. de Villamarina, embajador en París y nombrado segundo plenipotenciario, que la misión actual señalará el fin de mi carrera política;» y agregaba con melancolía no exenta de jovialidad: «Me auxiliaréis en mis últimos momentos (2).»

Llegó Cavour á París en 15 de febrero de 1856 y á su llegada ya pudo gozar de un primer triunfo: en efecto, el emperador había resuelto que los ministros sardos serían tratados al igual que los demás plenipotenciarios. El Sr. Walewski, al comunicarle tan buena noticia, quiso amargarle la satisfacción con algunos consejos: «Tenéis sobrado tacto, le dijo, para intervenir en asuntos que no os conciernan; así es que asistiréis á su discusión pensando en otra cosa (3).» Pero ¿qué importaban esas descortesías reservas junto al resultado conseguido? Cavour recobró todo su aplomo y se dedicó inmediatamente á lograr por medio de las negociaciones lo que la guerra no había podido asegurarle.

Es un hecho tradicional que los congresos vayan acompañados de muchas fiestas y que en ellos los placeres se mezclen con los negocios hasta el punto de hacerlos olvidar; pero Cavour no perdió nunca de vista estos últimos, y á decir verdad, más provecho sacó de las reuniones mundanas que de las sesiones oficiales.

(1) Despacho de Cavour al conde Walewski, de 21 de enero de 1856 (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 387).

(2) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 394.

(3) Idem, tomo II, pág. 394-395.

En conversaciones hábilmente provocadas, consagróse á captarse la benevolencia de sus colegas, y como ninguno le aventajaba en flexibilidad de ingenio ni en graciosa sencillez de modales, fácil le fué conseguirlo. Los plenipotenciarios ingleses estaban ya de su parte; en cuanto á los rusos, había un medio seguro de agradarles y era decir mal del Austria, entonces detestada en San Petersburgo; y ya se supondrá que Cavour no dejó de recurrir á este medio, mezclando á las burlas contra la corte de Viena algunas hábiles adulaciones al zar y no omitiendo nada para que los enemigos del día antes se convirtieran en amigos sólidos: «Si logramos asegurarnos el apoyo de Rusia, escribía, obtendremos algo positivo; de lo contrario, todo se reducirá á un verdadero furor de amistosas protestas y de palabras afectuosas (4).» Los prusianos no llegaron á París hasta algún tiempo después, y muy pronto se entendieron ellos y Cavour, gracias á la analogía de los deseos y á la semejanza de las situaciones de los países que unos y otro representaban. Los piamonteses y los prusianos habían sido admitidos en el congreso sólo por concesión y casi como por gracia; de aquí que se aproximaran unos á otros por virtud de una propensión igual á envidiar á sus poderosos colegas y á burlarse un poco de ellos. Por lo que á los franceses se refería, Cavour encontraba en ellos sentimientos muy desiguales: el príncipe Napoleón se le presentaba ya como el más ardiente protector de Italia; y de los plenipotenciarios, el Sr. de Bourqueney parecía «más austriaco que Buol (5);» en cambio, el Sr. Benedetti, secretario del congreso, le agradaba del todo: «Es corso de nacimiento, escribía, pero italiano de corazón (6).» De todos los hombres de Estado franceses, ninguno le era tan antipático como el Sr. Walewski, á quien juzgaba «de una incapacidad gigantesca (7);» mas en esto se equivocaba, porque ese político, á pesar de algunos errores, tuvo un mérito que por sí solo bastaría á honrar su memoria, y fué precisamente haber conocido perfectamente á Cavour y haberlo combatido siempre.

De nada servían, sin embargo, todos los trabajos de Cavour, si no conseguía poner de su parte al emperador; ya se supondrá, por consiguiente, el ardor con que el ministro sardo se consagró á la misión de atraérselo. El día 21 de febrero comió en las Tullerías en una especie de intimidad á la que los austriacos no eran admitidos, y habló largo rato con el soberano, quien se mostró con él benévolo, amable y muy al corriente de las cosas de Italia, y, sea por recuerdo de su juventud, sea por simpatía, se complació en hacerle multitud de preguntas acerca de aquella península con el interés que se manifiesta por un país conocido y al que se desea volver á visitar. Al día siguiente se le presentó un antiguo amigo de Napoleón III, el doctor Conneau, el cual le anunció confidencialmente que estaba autorizado para servir de intermediario en cualquiera comunicación secreta que los sardos juzgaran conveniente hacer llegar á las Tullerías, grata noticia que Cavour no dejó de transmitir al conde Arese, otro amigo de Napoleón no

(4) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 398.

(5) Idem, tomo II, pág. 407.

(6) Idem, tomo VI, pág. 11.

(7) Idem, tomo VI, pág. 11.

menos favorable á sus intenciones. Pocos días después supo que el secretario del emperador, el Sr. Mocquart, había recomendado á los corresponsales de determinados periódicos ingleses que apoyaran con calor la causa del Piamonte. Decididamente á los sardos se les trataba como privilegiados. Cavour vigilaba á fin de que ninguna nube turbara aquellas disposiciones y en los despachos que enviaba á Turín pedía y suplicaba que los periódicos piamonteses hostiles á Napoleón III suspendieran sus ataques. Por otra parte, estando como estaba la emperatriz en vísperas de salir de su cuidado, recomendaba anticipadamente á La Mármora que celebrara en el territorio de Crimea con regocijos excepcionales el nacimiento del vástago imperial. Para felicitar á Napoleón con motivo de este fausto suceso, aconsejaba que se escogiera al conde Arese, que de todos los embajadores sería el más grato y á la vez el más útil. En las Tullerías multiplicaba los mensajeros, los agentes oficiales, hasta los espías encargados de vigilar y de dar cuenta de las menores gestiones del Austria. Y á estos recursos legítimos añadía el ministro sardo otros expedientes menos recomendables; así al menos puede conjeturarse en vista de su correspondencia: «Os advierto, escribía en 20 de febrero al caballero Cibrario, que alistado en las filas de la diplomacia á la bellísima condesa de ***, invitándola á que coquete con el emperador y le seduzca, si es preciso.» Y más adelante: «Procuró estimular el patriotismo de nuestra bellísima condesa (1).» Aquí la historia casi se confunde con la crónica; pero la crónica misma se refiere á intereses tan elevados que no es posible prescindir de ella en absoluto.

Toda la habilidad de Cavour, aun reforzada con estos recursos extradiplomáticos, no podía, sin embargo, prevalecer contra el deseo de Europa, ávida entonces de tranquilidad y de sosiego; así es que muy pronto se vió con toda evidencia que del congreso de París no saldría ninguna modificación material del estado de Italia. El emperador escuchaba á Cavour sin interrumpirle ni menos combatirle, pero de pronto calmaba sus ardores contestándole que indudablemente no le faltaba razón y que más tarde se proveería, pero que al presente era menester tratar al Austria con ciertos miramientos; de este modo el soberano despertaba y refrenaba las esperanzas, aprobaba y escurría el bulto, abría la puerta, la cerraba, volvía á entreabrirla con habilidades que se parecían á la coquetería. Cavour, un tanto desconcertado, se aventuraba á indicar algunas combinaciones, hablaba ora de Parma, que podría formar un complemento tan natural del territorio piamontés, ora de las Romañas, tan desgraciadas, decía, bajo el yugo del papa; pero respecto de esto no tardaba Napoleón en darle una respuesta tan perentoria que excusaba toda insistencia. «El Austria, replicaba el emperador, antes declararía la guerra que permitir la reunión de Parma á la Cerdeña.» En cuanto á las Romañas, el soberano se callaba, pero su mismo silencio dejaba adivinar su pensamiento; no estaba bien resuelto todavía á romper con los católicos, tanto menos cuanto que esperaba un hijo, deseaba que este hijo fuese varón, y sobre este varón, objeto de tanta esperanza y de tanto orgullo, se proponía atraer las

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, páginas 396-398.

bendiciones del cielo, dándole por padrino al propio papa.

Cavour hubo de resignarse á moderar sus deseos; pero aunque los redujo á proporciones más modestas, no los abandonó: si no podía conquistar aún los desposos de los príncipes italianos, por lo menos mostrábasele propicia la ocasión para denunciarlos públicamente y preparar de este modo desde lejos la expoliación, para lo cual el ministro sardo, con la previsión que le caracterizaba, se había dedicado á reunir de antemano los elementos acusatorios. Antes de salir de Turín, había enviado á Bolonia á un diputado del parlamento sardo, el Sr. Castelli, el cual viajaba aparentemente para completar una colección de estampas. Llegado á aquella ciudad, el Sr. Castelli fué directamente á casa del señor Minghetti, ministro que había sido de Pío IX en 1848, persona muy ilustrada é instruida, aficionada á las letras, á la agricultura y á la industria, y que vivía en esa semi-desgracia bastante agradable que en el extranjero se adornaba con el nombre de proscripción. El emisario sardo invitó al Sr. Minghetti á reunir todos los documentos que demostrasen la desdichada situación de los Estados italianos y especialmente de los Estados de la Iglesia, á redactar y á hacer firmar, si era posible, una petición contra el gobierno pontificio, y á reunirse, una vez hecho todo esto, con Cavour en París. El Sr. Minghetti se apresuró á juntar los documentos del expediente que se le encargaba, formuló la petición, encontró algunas firmas y pidió luego un pasaporte para Lieja, adonde tenía que ir, según dijo, para comprar una máquina de vapor. La policía del Sumo Pontífice, amenazadora al par que bonachona, desmintió en aquella ocasión su fama de hábil. Al oír la petición del Sr. Minghetti, el delegado del papa, monseñor Grassellini, sonrióse entre astuta y bondadosamente y le contestó: «Lo siento infinito, pero en los momentos actuales el gobierno no quiere que tengáis un pretexto para ir al Piamonte.— Si no es más que esto, repuso el ex ministro, me obligo á no tocar en territorio piamontés ni á la ida ni á la vuelta.» Entonces se le acercó el delegado, y dándole unos golpecitos en el hombro con familiaridad verdaderamente italiana, le dijo: «En este caso, podéis partir.» El Sr. Minghetti no se hizo repetir la invitación: el 4 de marzo púsose en camino guardándose de pasar por el Piamonte, se dirigió á Lieja, desde donde escribió varias cartas que abiertas por la policía pontificia desvanecieron todas las sospechas, y cambiando repentinamente de rumbo, marchóse apresuradamente á París, llegando allí el 10 de marzo y convirtiéndose en acusador de su gobierno cerca de Cavour (2).

En los concilios los obispos tienen su teólogo, su consultor que les proporciona argumentos, notas y fechas y refresca sus recuerdos, á menudo un tanto anticuados. Cavour, ese gran denunciador de los Estados italianos, no los había estudiado: todas las correrías de su juventud habían sido á Ginebra, á París, á Londres, nunca á Florencia, Roma y Nápoles, hasta el punto de que bien puede decirse que el fundador de Italia fué uno de los hombres que menos conocieron este país. El Sr. Minghetti fué el consultor de Cavour en París, adonde llegó provisto de documentos y de recuerdos, con

(2) Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, págs. 95-96.

un conocimiento de Italia como nadie podía poseerlo y sin ignorar nada de cuanto se refería á la corte ó al propio Pío IX, cuyo ministro había sido. En los días 11 y 12 de marzo, el Sr. Minghetti preparó una extensa nota que fué entregada al Sr. Walewski y luego al emperador. Napoleón III se dejaba ver muy poco, tanta alegría y tanta emoción le había causado su reciente paternidad; pero cuando hubo recobrado la calma, leyó la nota, y aunque no le pareció mal, negóse á aprobarla públicamente por consideración á los católicos, á la emperatriz y al papa. Esto no obstante, el esfuerzo no fué infructuoso, pues el emperador, tras largas vacilaciones, consintió al fin en que se planteara en la conferencia la cuestión italiana, si bien no se trataría de ella hasta después de terminados los trabajos oficiales y de la firma del tratado. Terminada su obra, los plenipotenciarios se reunirían en una sesión de clausura y procederían á una especie de examen general del estado de Europa, y sólo entonces se presentaría aquella cuestión, anegada en cierto modo y como pérdida en medio de las otras, á fin de evitar una manifestación demasiado comprometedor.

Este plan fué seguido al pie de la letra. El 27 de marzo, la nota del Sr. Minghetti fué transformada en *memorandum* y entregada á los plenipotenciarios franceses é ingleses, mientras Cavour hacía acopio de documentos y de hechos que su consejero le proporcionaba, y no perdía ocasión alguna de propagarlos. El 31 de marzo firmóse el tratado, y el 8 de abril abrióse al fin la sesión en que había de pronunciarse el nombre de Italia.

La iniciativa del debate correspondía al Sr. Walewski, como presidente del Congreso, el cual disertó sobre los asuntos generales, llamó la atención sobre los excesos de la prensa de Bélgica y de otras partes, y por último habló de la cuestión italiana con cierta negligencia y sin que su lenguaje demostrara que se trataba de asunto más importante que los anteriores. Se veía que más que por convicción hablaba en cumplimiento de órdenes recibidas, y como estas órdenes eran que se mostrara reservado, lo fué tanto que resultó incoloro: la crítica del gobierno pontificio iba envuelta en tanta deferencia, que era difícil descubrirla bajo las fórmulas de la veneración; respecto de Nápoles, las observaciones fueron más acerbas, ya porque la materia fuese más abundante, ó que en este punto no se le hubiese impuesto tanto respeto; mas el tono general, aunque algo más altivo, no salió de los límites de las más estrictas convenciones. Pero tomó la palabra lord Clarendon, y todos los velos se rasgaron repentinamente: ese hombre de Estado inglés condenó con inaudita energía la dominación sacerdotal, censuró en términos duros las crueldades del rey de Nápoles, y se mojó del inepto despotismo de los príncipes italianos. El acta de las conferencias, según se asegura, no da la menor idea de la violencia de las inectivas ni de las disposiciones de los oyentes. Los plenipotenciarios escuchaban asustados aquel desbordamiento de injurias, y los más indignados dejaban pasar aquel torrente sin interrumpirlo, tan paralizados los dejara la estupefacción. Clarendon recogió todas las acusaciones que hubieran podido acumular los periodistas más temerarios ó los más osados conspiradores, las expuso una por una y las desenvo-

vió á su gusto, no delante de un conciliábulo revolucionario, no en un club, ni siquiera en una asamblea política sujeta á extravíos ó á apasionamientos, sino en presencia del más solemne y más augusto de los areópagos. «Lord Clarendon, escribía desde París uno de los amigos de Cavour, ha dado contra el papa una carga parecida á la de lord Lucán en Balaklava (1).» Tan impetuosa fué, que el mismo Cavour, el hombre de la sangre fría y de la razón positiva, sintióse aturdido y como embriagado, se exaltó, y salvando de un solo salto las etapas que había de recorrer gradualmente, creyó haber llegado á la meta de sus deseos. Terminada la sesión, acercóse á lord Clarendon, insistió energicamente en hacerle ver la impotencia de los medios diplomáticos y le dijo, presa de gran agitación: «Necesito veros, hablar con vos á fin de concretar nuestros propósitos (2).» Y, en efecto, volvió á verle en 11 de abril: «El Piamonte, le dijo, no puede seguir más que dos conductas, ó reconciliarse con el Austria y con el papa ó aperebirse resueltamente á la guerra; sí, á la guerra á muerte, á la guerra al cuchillo (3).» Y habiéndole Clarendon contestado con algunas palabras alentadoras, Cavour, con su imaginación excitada, creyó vislumbrar, al través de estos testimonios de simpatía, una promesa formal de ayuda (4), y durante unos días acarició miras ambiciosas rayanas casi en alucinaciones. Comunicaba á Turín los más extraordinarios proyectos: «Pronto llegará el momento de hacer saltar al rey Borbón y de enviar á Nápoles al príncipe Carignano,» escribía al Sr. Rattazzi; encarecía la importancia de precipitar los preparativos militares y de apresurar el empréstito para enviar en seguida un *ultimatum* contra el Austria: «Espero, añadía, que al leer estas cartas no creéis que esté atacado de fiebre cerebral ó que sea presa de la locura (5).» No, Cavour no era presa de la locura, pero sí de un delirio pasajero, el único que ha podido observarse en aquella inteligencia tan moderada y tan robusta. Aquella fiebre se calmó cuando, en un rápido viaje que hizo á Inglaterra, pudo comprobar que los colegas de lord Clarendon se hallaban en una disposición, aunque benévola, bastante fría; y cesó del todo cuando, de regreso en París, las últimas conversaciones de las Tullerías le convencieron de que el emperador tenía proyectos cada vez más favorables, sin ninguna duda, pero todavía muy distantes de su madurez.

El 29 de abril Cavour regresó á Turín, en donde fué recibido por unos elementos con indiferencia y por otros con entusiasmo. Los aldeanos de la Saboya y del Piamonte, que no veían más allá de sus montañas, encontraban muy pesados los impuestos y consideraron muy escasos los resultados conseguidos; aquellas gentes lloraban silenciosamente por sus hijos, á quienes había

(1) Carta del conde Oldofredi al Sr. Minghetti (Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, pág. 112).

(2) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 425.

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 427.

(4) Posteriormente lord Clarendon determinó en la Cámara de los lores (sesión del 17 de febrero de 1862) el verdadero sentido de las palabras en aquella ocasión pronunciadas y negó haber prometido á Cavour el concurso material de Inglaterra.

(5) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 428.

matado el cólera en los vivaques de Crimea, y sobre todo maldecían en secreto al ministro que apartaba á su antigua dinastía de los caminos tradicionales hasta entonces seguidos (1). En cambio, los emigrados establecidos en Turín, los hombres de la pluma y de la palabra, los obreros y los artesanos imbuídos en las ideas progresistas, en una palabra, todos los inspiradores de esa cosa á menudo engañadora que se llama la *opinión*, prepararon á Cavour un recibimiento ruidoso y casi triunfal. Además recibíéronse de todos los ámbitos de la península regalos, mensajes y testimonios de aprecio y de agradecimiento para aquel á quien se llamaba ya el *primero de los italianos*. Estas tristezas y estas alegrías se explicaban perfectamente: mirando sólo al Piamonte, la política de Cavour era temeraria, insensata, y agobiaba al país bajo el peso de cargas intolerables; mas atendiendo á toda la Italia, aquella misma política lanzaba destellos lejanos, pero grandiosos. El provecho de la alianza de Crimea era nulo materialmente; desde el punto de vista moral era inmenso, pues Europa sabía desde aquel instante dos cosas hasta entonces ignoradas: primera, que en la península y por encima de los Estados aislados había una *Italia*, una Italia no sólo cantada por los poetas, admirada por los viajeros y soñada por los conspiradores, sino además proclamada por la diplomacia oficial y fortalecida por un acta de reconocimiento rubricada por la más alta de las asambleas; segunda, que esa Italia creación nueva de la política, tendría para impulsarla ó para contenerla un jefe en lo sucesivo conocido de todos, dispuesto á las intrigas secretas lo mismo que á los propósitos públicos, así á las aventuras de la guerra como á la lenta labor de la paz. A esto se juntaba una probabilidad de porvenir presentida y adivinada; en efecto, cuando Napoleón III recibió á Cavour en las Tullerías en audiencia de despedida, hablóle de su antipatía al Austria y añadió: «En este momento no puedo ponerme en conflicto con ella, pero tranquilízame, pues tengo el presentimiento de que la paz actual no será muy duradera (2).» Cavour llevaba á su patria estas palabras confortadoras como prendas, no del desquite inmediato con que por un instante había soñado, sino de una guerra segura aunque aplazada; y á preparar esta lucha consagró desde entonces por entero su actividad.

IX

El día 6 de mayo de 1856, en el palacio Carinián, Cavour, contestando á una interpelación previamente concertada, daba cuenta de su reciente viaje á Francia en los siguientes términos: «Es verdad que las negociaciones de París no han mejorado nuestras relaciones con Austria. Hemos de hacer constar que los representantes de Cerdeña y de Austria, después de haber asistido juntos durante dos meses á las sesiones del congreso y de haber juntos cooperado á la obra más grande de cuantas se han realizado desde 1815, se han separado sin odio personal (porque debo hacer justicia al proceder cortés del jefe del gabinete austriaco), pero íntimamente convencidos de que hoy más que nunca

(1) Véase Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, págs. 114-115.

(2) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, página 11.

les separa la política y de que los dos países persiguen fines inconciliables. Este hecho es grave... Sin embargo, no podemos aconsejar al rey que cambie de actitud... La lucha podrá ser larga, estar acaso preñada de peligros; pero, fiados en la justicia de nuestra causa, esperamos sin desfallecimientos el resultado final.»

Toda la conducta de Cavour se inspiró en estas palabras agresivas. Todavía se comentaba este discurso cuando la publicación de los recientes *memorándums* contra el Austria fué para el gabinete de Viena una nueva ofensa; luego surgieron los incidentes buscados, multiplicados con toda intención, graduados con insustituido arte, incidentes insignificantes en apariencia, pero repetidos hasta el punto de producir irritantes heridas. En vista de los deseos del gobierno piemontés de completar la defensa de sus plazas fuertes, abrióse una suscripción para comprar cien cañones destinados al armamento de Alejandría. ¿A qué obedecía este llamamiento al patriotismo italiano, y cuál podía ser el enemigo sino los soldados austriacos acampados al otro lado del Tessino? Por aquel entonces se supo que los milaneses se disponían erigir á sus costas, en una de las plazas de Turín, un monumento al ejército sardo de Crimea. ¿A qué venía esta manifestación si no era un reconocimiento implícito de la supremacía piemontesa? La prensa sarda agrandaba todas estas contiendas, y para denunciar el despotismo ó las ambiciones tudescas gozaba de una impunidad sólo comparable con su violencia. Ya en este camino, Cavour no olvidaba que el papa era, después del emperador de Austria, el principal obstáculo para la transformación de Italia y que importaba combatirle á él tanto como combatir á los austriacos; de aquí el cuidado extremado con que procuraba que no pudieran anudarse las relaciones rotas con Roma, temiendo como temía algún cambio de Víctor Manuel, muy hostil á las luchas religiosas y sensible, á intervalos, á los reproches de sus antiguos amigos.

Para provocar un rompimiento no basta que el débil sea agresivo; se necesita además que el fuerte haga caso de las insolencias del débil. Pues bien, el Austria era entonces asaz prudente para desdeñar por lo general las provocaciones ó para fingir que las ignoraba; y en esta conducta hábil y paciente veíase animada por una alianza en la que no había esperado, la alianza de Inglaterra. El gobierno británico se había hecho cargo muy pronto de la naciente intimidad entre Francia y el Piamonte, y en seguida temió que de esta intimidad naciera la guerra y que de esta guerra saliera Francia engrandecida; y por una evolución familiar á la política inglesa había modificado bruscamente su lenguaje después del congreso de París, y sin abandonar su malevolencia hacia Roma y Nápoles, habíase propuesto, en vez de combatir al Austria, aconsejarla, resumiéndose todos sus consejos en uno solo: la moderación en el poder y un conjunto de amplias concesiones que satisficieran las aspiraciones más apremiantes y permitiesen luego resistir á las pretensiones excesivas ó insensatas. El propio gabinete de Viena había comprendido la oportunidad de esta conducta. Indudablemente la cólera dominaba en el fondo de los corazones, pero el lenguaje oficial era muy moderado y aun en ocasiones revestía una forma casi cordial. Así cuando el general Dabormida se detuvo en Viena, de paso para San Petersburgo, el señor

de Buol le acogió con obsequiosa cortesía, se lamentó, aunque sin amargura, del proceder de Cavour, y sobre todo mostró grandes deseos de paz y de sosiego (1). El gobierno austriaco no se contentó con hacer estas protestas, sino que suavizó ó dejó caer en desuso sus antiguos rigores de que hacía objeto á sus súbditos italianos: concediéronse numerosos indultos á los detenidos políticos y se dejó vislumbrar la posibilidad de una próxima amnistía; diéronse instrucciones á los directores de policía ordenándoles que adoptaran una actitud más conciliadora; preparóse el restablecimiento de las congregaciones centrales de Lombardia y de Venecia; y por último se habló de un próximo viaje del emperador Francisco José á Venecia y á Milán, viaje que, según opinión general, sería ocasión de nuevas mercedes. El jefe del gabinete austriaco no dejaba de sacar partido, en París y sobre todo en Londres, de esas medidas benévolas y de esas promesas; y lord Clarendon, que de pronto había trocado en tibieza su ardiente celo, transmitía á su vez á Turín, en tono de felicitación un tanto irónica, esas noticias agradables y recomendaba que á la buena voluntad del Austria correspondiera Cerdeña con igual buena voluntad. Cavour escuchaba con aparente calma á sir James Hudson que iba á leerle los despachos del *Foreign Office*, se guardaba de contradecirlos y aun los aprobaba, fingía alegrarse, aceptaba las felicitaciones con serena impassibilidad y á lo sumo emitía alguna duda acerca de la sinceridad de su rival; pero su alarma rayaba ya en consternación, porque lo que menos le agradaba era una Italia con una existencia sosegada y pacífica; y se desesperaba de que Austria no le amenazara, y sobre todo temblaba ante la idea de que le impidieran la guerra durante tanto tiempo preparada y de que pudiera escapársele la tan codiciada presa.

Fuese habilidad pífida, fuese buena suerte, el hecho es que la guerra surgió precisamente del acontecimiento que hubiera debido asegurar la paz. A fines de 1856, el emperador Francisco José fué á visitar sus Estados italianos: su juventud, su buen aspecto, sus leales intenciones, eran á propósito para conquistarle las simpatías. Nada omitió para vencer las repugnancias nacionales; decretóse una amnistía; levantáronse los secuestros que pesaban sobre los bienes de los lombardos emigrados; consintióse liberalidades extraordinarias en provecho de las ciudades, de las iglesias, de los establecimientos públicos; las congregaciones centrales fueron presentadas al soberano y recibidas por éste con frases de humildad y de esperanza; y finalmente se supo que un hermano del emperador, el archiduque Maximiliano, el mismo que más adelante pereció en la trágica aventura de México, iba á ser nombrado con el título de virrey para el gobierno de las provincias lombardo-venetas (2). Los sentimientos personales del joven príncipe, la elevada dignidad de que estaría investido y las instrucciones que sin duda llevaría, todo hacía presagiar días más venturosos y acaso para el porvenir una especie de autonomía; así es que los liberales más moderados se inclinaban á aceptar el nuevo régimen no con entusiasmo, pe-

(1) Parte del general Dabormida al Sr. de Cavour, de 23 de mayo de 1856 (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, págs. 16-17).

(2) El nombramiento oficial del archiduque no se hizo hasta febrero de 1857.

ro sí con resignación satisfecha. En medio de esas conjeturas, tan peligrosas para su ambición, Cavour no contaba más que con un recurso, redoblar sus provocaciones y obligar al Austria á tomar alguna resolución violenta. El 15 de enero de 1857, el emperador Francisco José hizo su entrada solemne en Milán, y aquel mismo día el primer ministro sardo proclamó desde la tribuna y de un modo más claro y concreto que nunca las esperanzas de su país: «En tiempo de Macauley ó de lord Byron, dijo, Italia era considerada como una mujer hermosa, oprimida por un esposo bárbaro y tiránico, digna de lástima indudablemente, pero nacida para vivir bajo una opresión eterna, tan inepta parecía para gobernarse á sí misma. Pero ahora ya no sucede esto, sino que Italia marcha á pasos agigantados hacia la independencia y la libertad (3).» Víctor Manuel, á pesar de que su poderoso vecino estaba á pocas leguas de sus fronteras, no confió á ningún personaje de su corte el encargo de saludarle en la forma cortés acostumbrada; en cambio algunos hábiles mensajeros distribuyeron profusamente á uno y otro lado del Tessino los diarios piemonteses que se burlaban, en los más amargos términos, de las promesas austriacas, censuraban la oficiosidad de ciertos grandes señores lombardos y ensalzaban, por el contrario, la dignidad de la clase media y el silencio del pueblo. Afírmase que hasta en el palacio real se repartieron caricaturas irónicas ó insultantes, algunas de las cuales fueron introducidas por manos desconocidas en las mismas habitaciones del emperador (4). La propia *Gaceta piemontesa* se asoció á esas provocaciones, anunciando, durante la estancia del emperador en Milán, que varias ciudades lombardas acababan de enviar 7.000 libras á título de contribución para el armamento de Alejandría. Al mismo tiempo la municipalidad de Turín acordó en deliberación pública que el monumento construído con dinero de los milaneses en honor del ejército sardo se erigiera en una plaza de la ciudad, «como símbolo de una fe común y prenda de un porvenir mejor (5).» Cavour esperaba con febril impaciencia el resultado de estas excitaciones y los hechos justificaron sus cálculos.

El gobierno imperial, no pudiendo aguantar más, perdió el fruto de su paciencia y cayó en el lazo que su peligroso enemigo le tendiera. En 10 de febrero de 1857, una nota altanera del Sr. de Buol enumeró, exagerándolos, todos los agravios que Austria tenía recibidos del Piamonte, y tan duro era el tono de aquella comunicación, que el gobierno austriaco pareció más bien el provocador que el ofendido. El Sr. de Cavour respondió, replicó el Sr. de Buol y á seguida ambas potencias llamaron á sus respectivos embajadores: el jefe del gabinete sardo había logrado su objeto. En Europa nadie se ocupaba ya de las concesiones imperiales y todo el mundo condenaba unánimemente el orgullo de aquella gran potencia, tan pronta en amenazar á su oscuro vecino. En esta rivalidad tan desigual nadie sospechó hasta qué punto se envalentonaba el más débil, y como no se buscó el origen de la contienda, echóse la responsabilidad sobre el más fuerte, sobre el que había provocado la última violencia. En Francia, en Bélgica, en

(3) *Atti del parlamento subalpino*, 1857, pág. 69.

(4) Bianchi, *Storia documentata*, pág. 352.

(5) Véase Bianchi, *Storia documentata*, pág. 352.